

Breve soplido de flauta dulce en clave de Sol

evanescencia

Breve soplido de flauta dulce en clave de Sol

colección relatos \



:):

www.
evanescenciafiction
.com

Capítulo 1

Los dedos de los pies empiezan a congelarse, demasiado frío. Tiene la sensación de haber perdido la sensibilidad de los más voluminosos pero se niega a ponerse unos calcetines, al rato seguro que vuelve a sentirse en las entrañas de un crematorio y tendrá que quitárselos. Es lo malo de septiembre, el verano combate con el otoño en un intercambio de temperaturas que no parece tener fin. Dentro de poco tendrá que sustituir las chanclas por las zapatillas de estar por casa.

Son las dos de la noche, tarde para dormir si cuenta con el detalle de tener que despertarse a las siete de la mañana. Como siempre, se ha puesto en el ordenador a curiosear, a navegar entre páginas aleatorias sin buscar nada específico, la forma más fácil de malgastar un tiempo libre que no se sabe en qué aprovecharlo y, como siempre le sucede, se quemán rápido las horas como un trapo impregnado de combustible acariciado por el fuego. Nunca logra ver un fin para alejar la mano del ratón y la vista de la luminosa pantalla horizontal salvo que le empiece a doler la cabeza, le moleste la postura de estar sentado o cuando siente la llamada de la naturaleza en forma de aullido. Su esposa se ha acostado hace dos horas y media, sabía como es ella al no estar dominada por la tecnología. Por suerte, no tienen las mismas debilidades y se complementan. No está muy cansado pero decide apagar el ordenador, ver la hora que es le ha empujado a irse a la cama.

Ya es más otoño que verano y, como en todos los años, le cuesta adaptarse a la helada rutina que empieza con los vaivenes de las temperaturas. Hoy ha sido el primer día que ha tenido que ponerse camiseta y pantalón, ya no puede estar en casa con unos simples calzoncillos como vestimenta pero para dormir siempre se quita cualquier tipo de ropa salvo la interior, se siente ahogado con la sábana pese a protegerle del frío. El mes de septiembre es lo peor para él: fuera de la cama sufre una leve congelación pero arropado en la cama se siente agobiado por el calor. A veces piensa que en ese aspecto su cuerpo está mal hecho.

Espera a que el ordenador se apague, siempre tarda en ello. Se levanta del escritorio, apaga las pocas luces que estaban encendidas después de revisar el cerrojo de la casa y se tumba en la cama de forma calmada para evitar despertar a su mujer, colocándose bocabajo y abrazando su almohada con un brazo. Su día, a pesar de ser noche ahora mismo, ya ha concluido. Piensa en no pensar en nada y se dispone a dormir. Cierra los ojos, respira relajadamente, estira brazos y piernas para después relajar los músculos de todo el cuerpo. En la oscuridad de su intimidad empieza a centrarse en la nada que se ha convertido su alrededor, la tranquilidad que le llevará al sueño.

No pasan ni cinco minutos cuando oye el sonido de una flauta. Apenas dura un segundo pero contrasta lo suficiente con el silencio como para sobresaltarse con un ligero temblor corporal y abrir los ojos repentinamente, despegándose de forma brusca del océano onírico en el

que se estaba sumergiendo con la lentitud de la tranquilidad. Mira alrededor de la habitación en un intento estúpido de encontrar una respuesta en la oscuridad. No ve nada extraño porque no puede ver a menos que encienda la lámpara de la mesilla de noche pero se encuentra demasiado lejos o eso le hace saber el lánguido estado de sus brazos. Se conforma con no haber escuchado nada a los pocos segundos y vuelve a relajarse, intentando encontrarse con el sueño.

Suena otra vez. Parece una flauta de plástico, el sonido característico que tiene una flauta dulce escolar. Cuando estuvo en el colegio, el profesor de la asignatura de música pedía llevar siempre dichos instrumentos para practicar en sus clases las notas musicales y la lectura de partituras; seguro que hoy en día se siguen usándose en los primeros cursos de música. Parece que la persona sopla dentro sin tapar ninguno de sus agujeros con los dedos, no sabe qué nota puede ser o si a eso se le considera como una nota concreta. ¿Puede ser el do menor? Rememora lo lejanamente aprendido. No, el do es el primer agujero cercano a la boquilla, o eso le dicen sus vagos recuerdos. No, no puede ser. Le viene a la mente que también hay un agujero en la parte baja del instrumento o eso cree. Mañana investigará, le ha entrado curiosidad por saber cómo se tocaba una de esas flautas pero disipa dichos pensamientos de forma rápida y los almacena en su inestable baúl mental de tareas por hacer esperando que no se abra sin querer como suele suceder y vuelen, volatizándose dichos pensamientos almacenados y olvidándose lo recién planeado para el siguiente día, que es mañana pero ahora es la noche, el momento de dormir.

De nuevo escucha el sonido, ya es la tercera vez y, como si fuese el sonido al apretar un botón escondido en la nuca, se activa su cerebro con un chispazo de enérgica rabia. Sin ninguna duda proviene del piso de arriba, específicamente en la misma habitación situada unos pocos metros sobre su cabeza y, calculando que ha tardado lo mismo en volver respecto a las anteriores ocasiones, parece regirse por un patrón temporal. Para confirmarlo coge el reloj digital de su mesilla, alargando al máximo el brazo ya completamente despertado y moviendo un poco el cuerpo como si fuese una torpe y pesada oruga deslizándose sobre las sábanas para lograr alcanzarlo. Ya ha perdido su postura perfecta para dormir, aquella con la que uno se siente a gusto y no quiere moverse salvo ningún concepto pero no le importa, se ha dispuesto a cronometrar el tiempo que transcurre entre sonido y sonido, si acaso existe un siguiente, para confirmar sus sospechas.

Mira la hora del reloj y empieza a contar los segundos, no es uno de esos relojes con cronómetro incorporado. A su vez, empieza a pensar sobre el posible origen del sonido mientras acaricia uno de los botones del reloj con la yema de los dedos, esperando su vuelta. Duda que sean los vecinos de arriba, el piso superior está en obras para remodelar algunas habitaciones como quieren los nuevos inquilinos y arriba no puede haber nadie, menos a esas horas; sería muy raro que durmiesen ahí cuando aún no habían traído ningún mueble o él no lo había notado, habrían hecho mucho ruido y se hubiese enterado todo el edificio. Además, recuerda que

son un matrimonio con una niña de cuatro años y, siempre que han venido a supervisar la obra, su hija no paraba de correr y gritar. Se habría enterado al llegar a casa, cuando estuviesen presentes y despiertos, sí. Regresa el sonido. Se ha distraído en sus pensamientos y ha dejado de contar los segundos. Prueba con otro método menos tedioso, fijándose en la hora y calculando después la diferencia de minutos. En esta ocasión no volverá a pasar. Siempre que se acuerda de la obra pierde los nervios, la noción del tiempo y su templanza innata. Por culpa de la obra, la dichosa obra. Llevan cuatro meses dando golpes y molestando con los clásicos ruidos de construcción desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la tarde en intervalos aleatorios. Durante todas las vacaciones un martillo, un taladro, una radial o el sonido de un cúmulo de escombros chocando contra el suelo, su techo, ha sido su despertador particular e inesperado. Con el paso de las primeras semanas confeccionó una teoría conspirativa que empezó con una curiosidad, un chascarrillo que contaba alegremente a su mujer hasta que empezó a creerlo al llegar a hartarse con tanta casualidad alineada: siempre había ruidos a las ocho de la mañana obligándole a despertarse sin poder conciliar el sueño pese a intentar aislar sus sentidos, una serie de molestos sonidos hasta que se levantaba de la cama donde, minutos después, dejaban de ser tan continuos y estruendosos llegando en ocasiones a no volver hasta varias horas después. Esa ha sido su rutina matutina y diaria durante cuatro largos meses que podían haber sido dos debido a que los tacaños de sus nuevos vecinos tuvieron que rehacer la obra por culpa de que al principio contrataron a unos albañiles no profesionales que, haciendo alarde de su inutilidad, hicieron la remodelación del suelo tan mal que tuvo que quitarse para comenzar de nuevo desde el alborotador principio. La flauta vuelve a aparecer como una flecha surcando su mente y disipando la rememoración de sus malos recuerdos. Rápidamente mira el reloj: dos minutos y cincuenta y ocho segundos. Lo anota mentalmente y vuelve a fijarse en la hora para volver a calcular el próximo regreso y confirmar su naturaleza de patrón. Espera otra vez. Dos cincuenta y cinco. Una tercera, para asegurarse. Empieza a dolerle la cabeza al haber estado tanto tiempo delante del ordenador o quizás sea efecto de fijar su mirada en la difusa iluminación azulada de los dígitos del reloj. Dos minutos cincuenta y uno. Con total seguridad puede afirmar que es un patrón, un sonido constante y seguramente va a estar así toda la noche. Como tercer diagnóstico, tal vez la cabeza le duela por la repetición del soplido de la flauta. Le perturba, le altera. No sabe por qué ha aparecido o si acaso va a desaparecer. Intenta controlar la respiración para lograr calmarse con sosegadas tomas de aire. Todo está en silencio, es una noche perfecta para dormir menos por la dichosa flauta apareciendo cada, aproximadamente, tres minutos. Una posible solución acude a él. Golpeado por la fuerza de la idea, se levanta de la cama y recorre el pasillo hasta llegar al baño mientras el suelo le hiela los pies con cada paso decidido. Enciende la luz y cierra la puerta para no molestar mientras busca en el armario del espejo hasta encontrar unos tapones para el oído. Odia los tapones para el oído, su

experiencia con ellos ha sido muy mala pero es el único remedio que encuentra para poder aislarse del sonido. Deberá convivir con sus inconveniencias, por lo menos esta noche. Siempre que realiza ligeros movimientos con ellos puestos nota de forma exagerada los roces de las sábanas con su cuerpo como si ocurriesen en su interior, sus respiraciones se intensifican semejándose al sonido de un fuelle acartonado y nota el riego sanguíneo como si su cabeza albergase un río salvaje que arrastra tambores por su cauce. Irónicamente son un potenciador sensorial para él además de incomodarle en exceso, muy molesta la sensación de tener algo metido a presión dentro del oído. Por eso los usa en casos extremadamente extraordinarios como este.

Comprueba que son tapones de cera, de reciente compra hace unas semanas, desechando los anteriores de plástico rígido para ver si mejoraba su experiencia. Los alarga con dos dedos para metérselos hasta el fondo ya que de otro modo siempre acaban saliéndose o nota que, introduciéndolos sin fuerza, el interior del oído no se llena al completo, parece que quedan huecos a rellenar al escuchar sonidos del exterior con un volumen normal; esa es su única forma de llevar esos odiables e incómodos aisladores. Siempre le entra algo de miedo por si al presionar tanto llegarán a destrozar los huesos del oído interno. Si se quedase sordo no dudaría en denunciar a sus nuevos vecinos si acaso son los causantes del dichoso patrón de la flauta.

Suspira y traga saliva. La atmósfera auditiva ha cambiado. Con los tapones puestos todo cobra una nueva dimensión, su vuelta a la cama se asemeja a llevar una escafandra de astronauta que amortigua la sensación de sus pisadas. Se tumba en la cama bocarriba con un pausado cuidado que parece un estruendo. No hay un silencio completo, ahora escucha todos los sonidos que provoca su cuerpo tanto en su interior como en su exterior, cualquier roce con la sábana cobra una gran importancia auditiva. No se siente muy relajado, si sigue así no podrá dormir en toda la noche. Y tiene que madrugar. Piensa si ha hecho bien en perder el tiempo delante del ordenador, al final no ha hecho nada productivo ni encontrado nada interesante. Debería haberse ido antes y así tener las ocho horas de sueño que siempre cumple su mujer. De haberlo hecho ahora estaría profundamente dormido, sin percatarse del sonido ni alterarse su descanso.

No ha calculado cuánto tiempo lleva con los tapones pero con seguridad han pasado más de diez minutos. Se los quita y vuelve a sonar el soplido de la flauta casi al instante. Vuelve a ponérselos de mala manera, con un temblor en las manos, síntoma de intentar controlar su frustración. Resopla vaciando el aire de sus pulmones esperando que también se escape algo de su nervioso malestar. Después tensiona sus manos y pies crujiendo sus huesos como pompas de aire estallando en un petrificado plástico de burbujas. No se siente cómodo tumbado en la cama, no se siente capacitado para dormir en dichas circunstancias. Vuelve a levantarse, molesto. Se quita los tapones en un arrebató, dejándolos en la mesilla contigua a su lado y empieza a andar por toda la casa en una cruzada absurda por intentar cansarse para, según sus esperanzas, tener

más facilidad para dormir. Fiándose de su memoria espacial avalada por tantos años viviendo en la misma casa recorre a oscuras el pasillo, el salón, el cuarto de estar, la cocina, la entrada, el salón, el pasillo y, nuevamente, el salón. Empieza a alterarse esperando el regreso de la dichosa flauta. Se está retrasando, ya han pasado más de tres minutos desde la última vez. El suelo le enfría los pies pero no tiene ganas de volver a la habitación para ponerse las chanclas. Tampoco de ponerse la ropa de andar por casa pese a tener la piel tirante y con la misma sensación térmica.

De nuevo se pregunta sobre la naturaleza del sonido. Siendo racionales y realistas es casi imposible que sea una persona soplando una flauta escolar con un patrón temporal determinado a estas horas de la noche con tal de molestar o por cualquier otro motivo. Tal vez sea una tubería mal colocada que deja entrar el aire de una ventana abierta provocando dicho soplido al retumbar en sus cilíndricas paredes. O una alarma de un reloj olvidado. No, no tiene lógica. La obra, según tiene entendido, está en la repetida fase de cambiar el suelo de la casa y nada más, ni reformar el baño, la cocina o cualquier aspecto relacionado con unas tuberías a menos que se les haya ido de las manos y se hayan organizado mal, otra vez. Lo segundo es extraño, puede sonar la alarma a cierta hora como ha ocurrido y puede que hayan asignado una repetición sonora de tres minutos de silencio y un segundo de soplido de flauta pero no entiende por qué se ha retrasado anteriormente para luego volver, el patrón de la alarma se ha interrumpido de forma extraña. Sus dos teorías, derrumbadas por él mismo a los pocos segundos. Solo le han venido esos orígenes del sonido y al final ninguno ha tenido sentido. Desiste, no hay nada parecido en una casa en obras que suene accidental o intencionadamente como una flauta dulce.

Sí está seguro de una cosa: que sea una venganza de sus vecinos. Han preparado algo para molestarle esta noche y sospecha cual es el motivo. Desde que se percató de que los ruidos constantes era la nueva rutina de su vida en el hogar era costumbre en él desahogarse en voz alta, plasmando sus opiniones a su mujer con demasiada viveza. Siempre que tenía la oportunidad de hablar con su mujer sacaba el tema de la obra, criticando con frecuencia la falta de empatía de sus nuevos vecinos especialmente en los días que era despertado por los malditos ruidos mañaneros. Su pareja le increpaba que bajara tanto el tono de sus palabras como el volumen pero él no desistía, mantenía la esperanza de que les oyesen desde el piso de arriba y recapacitasen sobre las numerosas molestias que ocasionaban. Una técnica sin ningún éxito pese a haberla mantenido desde las primeras semanas pero, aparte de ser una fantástica técnica para desahogarse y no volverse loco por acumular tanto odio, sin duda habrían escuchado sus críticas, a veces llegando a insultos y descalificaciones demasiado pasionales, tanto los vecinos del piso de arriba como los contiguos sin descartar a todo el edificio gracias a su potente voz.

Un nuevo soplido de flauta le hace gritar en las paredes de su mente. Ahora que lo escucha de pie y no tumbado parece que viene de fuera. Se

da cuenta de que puede que sea un ulular, un chirrido, un graznido o como se llame aquel sonido de las aves nocturnas. Puede que sea eso, sí, ya que esta última vez no le ha parecido una flauta dulce sino algo distinto, que se parece pero no llega a ser. Cruza la casa en una prisa sosegada hasta llegar a una de las ventanas de la terraza, que da al parque lleno de canchas de baloncesto y algunos árboles. Sube las persianas con cuidado haciendo el menor ruido posible y hace lo mismo con las ventanas, girando la manilla con movimientos milimétricos, como si estuviese cortando cables de una bomba de relojería. Se asoma decidido y recibe un agradable frescor para su rostro y un golpe de frío en el resto de su cuerpo hasta que encuentra un equilibrio entre el aguante de la temperatura exterior y la velocidad con la que rechinan sus dientes. Espera más de lo debido y confirma que no viene de la calle, viene del piso de arriba. La decepción de su teoría llega con un inesperado dolor de cabeza punzante, como si el sonido hubiese caído desde la ventana de su vecino golpeándole el cráneo y penetrando en su interior para quedarse. Cierra la ventana ya con menos cuidado, se ha ofuscado de forma inesperada y ha depositado demasiada pasión, quizá el golpe haya sido demasiado fuerte como para sobresaltar a una persona dormida. Baja la persiana pausadamente mientras intenta escuchar la respiración suave de su mujer, si acaso ha sido interrumpida en su sueño.

Decide que es hora de volver a la cama. Necesita estar tumbado, la llegada del dolor en su cabeza ha venido acompañado de un ligero mareo. Se dirige a su habitación pero choca en la oscuridad con algo en movimiento, grande y blando aunque el golpe es fuerte. Incapaz de ver y razonar la naturaleza de la inesperada presencia, el miedo hace presencia en su cuerpo gobernándolo al completo y agitando su interior, aumentando su pánico como una efervescencia chocando en todos los rincones de su ser hasta que por fin consigue reaccionar. Como deseo primario de supervivencia, se aleja con una enérgica zancada hacia atrás pero calcula mal y acaba estampando su espalda contra la pared, clavándosele el gotelé en los omoplatos y expulsando el aire de sus pulmones en un jadeo de dolor mientras su mente se llena de maldiciones por su mala suerte y estupidez. Nunca ha sentido miedo ante la oscuridad en su casa, sintiéndose a salvo por conocer la geometría y geografía de todas las habitaciones y espacios pero con el susto ha olvidado que estaba en el pasillo y ha huido como un proyectil para estamparse en una de las paredes.

Son dos segundos eternos hasta que escucha la reacción de la presencia en forma de quejido femenino confirmando que es su mujer por el timbre de voz. Tras volver el tiempo a su ritmo habitual con el desvanecimiento de sus temores más primitivos, se dirige rápidamente al interruptor de luz más cercano para alumbrar la estancia. Su mujer no recibe de buen agrado el encendido del pasillo y cierra los ojos con la máxima presión posible que logran sus párpados, volviendo a emitir un quejido menos fuerte pero más agudo y alargado en el tiempo que el anterior. Con una ligera desorientación y somnolencia, pregunta que qué hace despierto dando vueltas a estas horas. Le contesta que hay un ruido constante y

que alguien está haciendo sonar una flauta. Ella responde con el silencio, esperando oír algo. Tras pocos segundos hace amago de hablar pero es interrumpida, le pide que espere por lo menos tres minutos más. En silencio esperan de pie, resoplando ella con más fuerza con el paso del tiempo. Nada aparece y arrastrando las palabras informa que va al baño dirigiéndose hacia él en zigzag con los ojos aún herméticos. La cisterna rompe el silencio y, en medio de la ostentosa succión del agua y la siempre frustrada imperceptibilidad del llenado de la cisterna, parece oírse un sonido de instrumento de viento durante un instante aunque él duda de su veracidad al oírse más bajo de lo normal, casi camuflado entre el estruendo que llega del retrete. Piensa si el sonido está comenzando a desaparecer ya que antes ha cambiado el patrón que siempre seguía, tardando más en volver sumándose ahora la pérdida de intensidad pero es interrumpido de sus especulaciones al volver a estar acompañado en el pasillo. Tras cogerse de la mano, apaga la luz y ambos regresan a la habitación.

Tumbado bocarriba en la cama espera unos minutos para confirmar si sus sospechas son ciertas. Su esposa logra dormirse según calcula por el ritmo de la respiración pero él continúa en vigía hasta que se cumplen los diez minutos sin perturbaciones en el silencio de la noche y, lleno de un júbilo contenido, se coloca bocabajo, su postura de preparación para dormir que le aporta el máximo de relajación. Nada más darse la vuelta abre los ojos y levanta rápidamente la cabeza como si fuese un herbívoro de la sabana que acaba de escuchar el acercamiento de un depredador: el sonido ha vuelto. Hace un amago de dirigirse a su mujer para preguntar si también lo ha oído pero recuerda que ya está dormida.

Reflexiona sobre la nueva aparición. El soplando de flauta ha vuelto al instante de darse la vuelta, cuando iba a reanudar su intento de descanso. ¿Acaso está siendo vigilado? Se pregunta si sus vecinos se están vengando de verdad, si no es una teoría rocambolesca. Pueden haber perforado el suelo que están reformando, lo tienen fácil al haber quitado toda la tarima y, con ello, tener una vía accesible para vigilarle desde una ventajosa altura durante toda la noche, soplando la flauta para turbar su sueño en el mejor momento de ser molesto. Pero no, son divagaciones, nadie puede haber orquestado tal asunto, tan absurdo plan por el hecho de haberse sentido aludidos y ofendidos ante unas continuas críticas de él, su vecino de abajo, a lo largo del verano si acaso le habían oído en sus liberaciones de tensión a base de insultos hacia ellos en voz en grito. No, improbable. No ha oído nada desde que se fueron los obreros a las nueve de la noche. Sin la tarima es un espectáculo cada vez que alguien pisa ahí arriba, un anuncio escandaloso de llegadas, presencias y despedidas. No puede haber nadie que se haya mantenido inmóvil hasta el momento en el que él se acostó en la cama, su teoría es muy poco realista pero, aun así, le gustaría dar la luz y comprobar si el techo tiene algún tipo de grieta o agujero pero prefiere no volver a despertar a su mujer.

Regresa el soplando de flauta y centellea el dolor de su cabeza. De forma repentina entierra su cabeza bajo la almohada, presionando parte de los extremos hasta ahogar sus orejas pero apenas logra un aislamiento

sonoro óptimo además de dificultar su respiración al tener la nariz hundida bajo el peso de su cabeza. Prueba otra alternativa. Incorpora su tronco apoyando los codos en la cama y coloca las manos ocultando sus orejas pero comprueba al instante que es un remedio estúpido, creado por la desesperación que no tolera al razonamiento ya que para aislarse del sonido de esta manera necesita estar consciente, incapaz de relajarse. Valora colocarse de lado y hacer uso de la presión de una de las manos o un extremo de la almohada en la oreja que queda bocarriba pero lo descarta, se reduce el problema pero sigue persistiendo. Para hacer eso mejor ponerse los tapones.

Regresa a la postura anterior, bocabajo, después de temblarle los brazos por la incómoda postura. Respira muy fuerte, nervioso, violento. Las aletas de la nariz se abren y cierran forzando su abertura al límite. Su cabeza tiembla o es su cerebro dentro de ella, es igual. Resignado estira el brazo para alcanzar los tapones de su mesilla y se los pone. Necesita aislarse de todo, intentar aguantar las molestias que le acarrearán y así dejar de escuchar la flauta. Coloca sus brazos como un tímido abrazo propio intentando contener todos sus sentimientos magnificados en un reducido punto. Al poco, empieza a disminuir el tamaño de su nerviosismo, centrando sus pensamientos en la respiración, cada vez más calmada. Uno de sus codos empieza sentir un ligero dolor, ese tipo de molestia en una articulación que es una invitación de la misma para que la muevas y la estires, pero se contiene. Debe mantener la postura, está funcionando. También empieza a picarle el pecho pero decide no rascarse, seguramente mitigará hasta desaparecer pero no es así, baja la intensidad del picor pero se le une también la palma del pie. Se rasca con las uñas del dedo gordo del contrario, procurando no perturbar su postura sosegada pero surgen nuevos picores en la nuca, el lateral de una ceja, un hombro y una mejilla. Aumenta la presión en sus cerrados ojos deseando que así aumente su concentración en aislarse del picor con la mente pero se da cuenta de que no está relajado sino obsesionado con relajarse y mantenerse quieto por lo que decide cambiar, colocándose de lado manteniendo una postura fetal.

Calcula que han pasado siete minutos sin que la flauta haya aparecido. No ha oído nada. Absolutamente nada. Puede que no escuche la alarma para despertarse temprano, a su hora, pero decide dejarse los tapones. En la oreja prensada entre su cabeza y la almohada nota el ritmo de la sangre recorriendo su cuerpo; se convierte en su ahora hilo musical nocturno, el retumbar en sus oídos parece ser el sonido que generan el deslizamiento torpe en fila india de unos gruesos gusanos que rozan las paredes de sus venas. La melodía es acompañada con la percusión de los muelles del colchón, repiqueteando cada vez que hincha el abdomen para inflar sus pulmones. ¿Ha sonado? Parece que ha vuelto la flauta con un leve volumen amortiguado. ¿Era el mismo sonido o ha sido algún muelle del colchón? Parece haber durado más de lo habitual, no lo ha escuchado bien por los tapones.

Abre los ojos y alza la vista al reloj de la mesilla, esperando a que sus ojos se adaptan al fogonazo de luz que le impide ver los dígitos al

instante. Falta poco para cumplirse una hora desde que decidió acostarse. No puede seguir así. Piensa en ir a la cocina y prepararse una tila o una infusión de esas relajantes para dormir. ¿Cuánto tardará en hacer efecto? ¿No se angustiara más durante la espera y servirá en vano? ¿Servirá para algo? Son infusiones, no somníferos aunque piensa en que puede hacer efecto placebo. Lo ve como una buena idea y se levanta cuidadosamente evitando molestar lo máximo posible, quitándose de nuevo los malditos tapones para comprobar de forma fidedigna la cantidad de ruido que va a hacer en su nuevo recorrido por la casa.

En la cocina abre el armario de las infusiones y tras comprobar el catálogo disponible se decide por una infusión donde la caja tiene ilustrada un campo de flores blancas y un tarro de miel en primer término. Coge un vaso, lo llena de agua y lo coloca en el interior del microondas, seleccionando la temperatura máxima y un par de minutos. Anuncia su puesta en funcionamiento con su característico tronar de tormenta subterránea y, para aislar el estruendo, se dirige a la puerta para cerrarla. Al posar sus manos en el frío pomo le viene a la mente si acaso habrá somníferos en el armario de los medicamentos. Cruza la puerta y el salón hasta llegar a la terraza, donde comienza a buscar en los cajones con ayuda de la tenue luz que llega de la cocina. Comprueba que no hay pero como alternativa se le ocurre buscar medicamentos cuyo efecto secundario sea la somnolencia o el cansancio, sacando los prospectos doblados a golpe de apisonadora y leyéndolos, sin encontrar ninguno. Recuerda unas pastillas que toma contra la alergia que sí tienen dichos efectos pero tampoco las encuentra. Abandona el armario resignado y, dirigiéndose a la cocina, regresa el sonido, en esta ocasión con una variante: el soplido acaba con un silbido más agudo y perceptiblemente interrumpido, como si tuviese un tono jocoso y apresurado, emitido con descarnado, sorna y pitorreo, como una exhalación abrupta ocasionada por un intento de carcajada contenida. Tras escucharlo se derrumba despreocupado en el sofá del salón, agotado por no haber sido exitosa su ardua búsqueda y resignándose con el impacto de su cuerpo en el sofá como canalización de un impulso violento para liberar su tensión, evitando golpear una pared o cualquier elemento que encontrase tras desearlo al instante de volver a aparecer el soplido de flauta.

El sofá es bastante duro, su superficie parece de piedra en comparación con su mullida cama; lo mismo sucede con los cojines esféricos que lo adornan, rocas en comparación con su blanda almohada. El microondas dejó de sonar hace tiempo pero deduce que la infusión estará aún caliente y puede esperar a que se enfríe. Valora si después de bebérsela debe intentar dormir en el sofá, si continúa en la cama quizá vuelva a despertar a su mujer con tanto movimiento. Tendrá que regresar a la habitación y coger una manta para no acabar helado aunque parece que ya se ha acostumbrado al frío nocturno. Le entra una ligera irritación al pensar en que, por culpa de sus odiosos vecinos, ahora no está en su cama durmiendo sino aquí tumbado, sufriendo una molesta tapicería con dibujos en relieve que sobresalen como duras rugosidades de asfalto. Sin duda hablará mañana con sus vecinos para denunciar lo sucedido y encontrar

una explicación o solución al maldito sonido de la flauta. Piensa si debe hablar también con el presidente de la comunidad o ir directamente a la policía. Una cosa es despertarle muy temprano con sonidos molestos y otra es no dejarle dormir con un ruido en vaivén, pero ambas juntas es intolerable.

Sí es tolerable su forma de estar en el sofá, perfecta: ha conseguido la postura idónea. Tumbado bocabajo, la cabeza saliéndose un poco del asiento, la boca absurdamente abierta, un brazo colgante rozando el suelo con los nudillos de sus dedos, otro enterrado en su propio cuerpo y las dos piernas, una de ellas ligeramente doblada, elevadas respecto a su trompo al estar apoyadas en el cojín más voluminoso. Lleva varios minutos así y no le molesta; además, solo escucha su respiración, una respiración que en algún momento ha conseguido un matiz silbante cada vez que suelta el aire, quizá por la vibración de un enredamiento de los pelos del interior de las cavidades nasales, la formación de una mucosidad sólida y porosa que ha adoptado la estructura interna de una ocarina o cualquier elemento o motivo extraño, ahora mismo le da igual lo que sea. Cada vez está más relajado y cada vez respira más fuerte, con una energía sin esfuerzo, logrando que el sonido llegue a asemejarse a una flauta pero más aguda, liberando tensión acumulada con cada nueva aparición y transmitiéndole un enorme placer cada vez que vacía sus pulmones. Los párpados empiezan a perder fuerza, su cuerpo se torna más pesado y el brazo colgante es más inerte. Los sentidos empiezan a apagarse, dejando de tener interés todo aquello que le rodea.

Una mano sacude su hombro a la vez que una voz fantasmal emite unas palabras que no logra entender. Abre sus ojos con un somnoliento asombro, es su esposa que le está despertando en medio de un baño de luz. No ha llegado a escuchar el despertador pero ella sí lo ha notado. Las siete de la mañana, según le informa, y menos de cuatro horas de sueño, según calcula.

Se endereza con dificultad y apoya su espalda en el respaldo del sofá, parece que sus pulmones están dormidos y le cuesta respirar. Estira cuello, tronco y extremidades; los chasquidos activan su cuerpo como si fuesen descargas de electricidad, tanto por el sonido como por el efecto. La estancia empieza a vibrar con sosegado ritmo debido al continuo roce de una espátula o algo parecido que se desliza en el suelo del piso de arriba. Cada fricción de la herramienta le arranca el adormilamiento como si fuese una tira de pellejo, devolviendo a la superficie el dolor de cabeza y enfatizando un mareo que según su experiencia se mantendrá constante durante unas cuantas horas. Sus ojos están acuosos y le arden siendo lenta su familiarización matutina con la luz que entra de las persianas recién subidas por su esposa. Resopla con fuerza, ha empezado el día y debe lidiar con ello.

Abandona el salón y entra en la cocina mientras se percata de que tiene entumecida la región de los tobillos, andando como si estuviese manteniendo el equilibrio en un tambaleante bloque de resbaladizo hielo situado en medio del océano. Se prepara un café alternando con ligeras mordidas a una manzana. Su esposa viene al rato, trayéndole sus

chancas que estaban en su habitación. Se calza y se sienta con ella, contándole la noche tan molesta que ha sufrido por culpa de algo en la casa del vecino mientras ella desayuna, asintiendo a todo lo que dice a la vez que se quita las legañas con los bajos del camisón. Se decepciona al comprobar como ella no ha notado nada, ni siquiera se acuerda de haberse levantado para ir al baño. Hace una broma respecto a ello y se anima a comentar del mismo modo sus ocurrencias e intentos de dormir en la recién abandonada noche.

La conversación parece llenar a ambos de energía pero se le agota el tiempo si no quiere llegar tarde. Se bebe de un sorbo el café intentando despejarse de todos los pensamientos negativos y recuerdos lejanos. Después, le da un beso y corre a prepararse. Se lava los dientes, se ducha, se viste, intenta peinarse, vuelve a despedirse, comprueba tener en los bolsillos las llaves del coche, abre la puerta y sale de su casa. Al cerrar, nota unas pisadas en las escaleras bajando con energía. Es el vecino de arriba que le da los buenos días junto a uno de los obreros vestido con un mono de trabajo, impoluto ante el inicio de la jornada. Le devuelve el saludo con una sonrisa antes de que desaparezcan del rellano y baja las escaleras lo suficientemente despacio para no alcanzarles mientras emite un breve silbido recordando una canción de tono alegre, sustituyendo las letras por maldiciones hacia sus vecinos y su eterna obra e intentando seguir el ritmo de la batería con cada bajada de escalón, dando así la bienvenida a un nuevo día.